

Meditando en la “Evangelii Gaudium”



Mons. Jorge García Isaza, C.M.

Obispo Emeritus de Tierradentro – Colombia

Sin lugar a dudas la exhortación Apostólica del Santo Padre al clausurar el año de la fe tiene que convertirse para toda la Iglesia, pero de manera especial para la familia Vicentina en un lugar de permanente reflexión, en un centro de continua confrontación en el que tengamos la valentía de examinar nuestra conducta personal y nuestra actividad comunitaria frente a sus planteamientos.

El Santo Padre comienza en el Capítulo cuarto de su maravilloso mensaje diciendo *“El Kerigma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros”* (177) y esto me ha hecho meditar en nuestra querida Familia Vicentina, en cada una de sus ramas y en los hermanos y las hermanas pobres a los que nos envía el Señor.

El descubrimiento de Jesús nos lleva necesariamente a descubrir en el otro al hermano y cuando llegamos a sentir que el Maestro “nos cautiva” también tenemos que llegar a experimentar en el fondo de nuestro ser de Discípulo, que el hermano y la hermana nos cautiva. Pienso que esto es un proceso en que tenemos que trabajar con tenacidad, con humildad, con mucha oración. A esto no se llega de repente, sino como consecuencia del dinamismo de la fe en Jesucristo.

Pero además creo que esto tiene dos dimensiones: La primera está relacionada con aquellos a quienes Dios nos unió por la vocación carismática en la Familia Vicentina. Esta es la razón de la vida comunitaria, pero no solo la razón sino la absoluta condición para que pueda tener eficacia la “misión” porque ya lo dijo Jesús *“En esto conocerán que son mis discípulos si se aman los unos a los otros”* (Juan 13,35).

La segunda se refiere a aquellos a los que el Señor nos envía, y con los cuales debemos establecer vínculos especiales. No somos los “benefactores” y ellos los “beneficiados”, no somos “los que tenemos” y ellos

“los que carecen” Ellos y nosotros somos hermanos y hermanas y tenemos que hacer el esfuerzo para conseguir que ellos nos sientan así. El Santo Padre expresa: *“Qué peligro y dañino es acostumbrarnos a vivir el asombro, la cautivación el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad...”* (179).

Entonces me hace pensar que la vida fraterna en cada una de las ramas de la Familia Vicentina, tiene que cultivarse con exquisito esmero, no basta con repetir que somos hermanos, tengo que expresar con palabras y hechos esa fraternidad. No basta con sentirme orgulloso de pertenecer a una familia difundida por toda la tierra, es necesario que yo asuma la responsabilidad de ser hermano. San Vicente lo dejó consignado en las reglas que les dio a los misioneros *“Para que siempre y en todas sus formas permanezcan vivos entre nosotros el amor fraterno y la santa unión, nos trateremos con un gran respeto como amigos que se quieren bien”* (RC, VIII-2).

En esta época de las comunicaciones, los hombres y las mujeres se reúnen cada día más en grandes conglomerados de ciudades inmensas, con organizaciones y servicios que ofrecen bienestar, pero cada vez más se da la más desconcertante paradoja, esos seres humanos viven cada día más solos y se aíslan más, las familias viven bajo el mismo techo pero cuando alguien tiene que comunicarle algo al hermano que vive en la alcoba siguiente, no va a conversar con él mirándole a la cara sino que, le pone un correo o cuando mucho lo llama por teléfono o manda un email o un texto.

Pienso que las distintas ramas de nuestra Familia Vicentina tenemos que interrogarnos, porque sin darnos cuenta podemos estar entrando en estas formas de vida individualista, podemos ser como esas familias con parientes por los que nunca tuvieron interés en conocer. Que *“El Espíritu Santo que posee una inventiva infinita, propia de una mente divina”* (JUAN PABLO II, Audencia general de 24 de abril de 1991) nos ayude a encontrar las formas y caminos para que nuestra vida como una familia sea ese signo profético del que nos habló Jesús *“Que sean uno como tú y yo somos uno y así el mundo creará que tú me enviaste”* (Juan 17,22).

Todo lo que el Santo Padre nos ha escrito en este mensaje me ha hecho pensar, que hoy como ayer y como siempre tenemos que aprender a vivir la letra menuda del Evangelio. El amor a Dios no se puede expresar sino a través del amor a los hermanos y las hermanas, y que no lograremos éxito en la Misión con los pobres si no vivimos como una familia y como hermanos y hermanas, por eso pienso que para los miembros de la Congregación de la Misión, para las Hijas de la Caridad, y para cada una de las ramas de laicos que conformamos la Familia Vicentina, meditar en esto se tiene que convertir en una tarea de todos los días, conocernos, comprendernos, ayudarnos, querernos.

El trabajo con los pobres, las actividades que esto nos exige, se puede convertir en un “pretexto” para aislarnos de la comunidad, de la familia, puede ser un “escapismo”, que embota o adormece nuestra conciencia, porque en el fondo sabemos que el signo de ser “*Discípulo de Jesús*” es el amor.

Pero hay algo más, en lo que el Santo Padre nos invita a reflexionar y es saber “compartir” los procesos de servicio a los pobres, para esto necesitamos estar convencidos de que las obras no son “*mias*”, la obra es de Dios, los caminos son suyos y la mejor manera de realizarlos es permitir que el Espíritu Santo obre a través de la comunidad, por eso compartir con los demás miembros de la familia, recabar sus luces y admitir sus iniciativas le dará a las obras la garantía del éxito. Cuántas obras en la historia de la familia de San Vicente fracasaron cuando desapareció la persona que la inició y que quizá no encontró el camino de la responsabilidad comunitaria.

Otra faceta que nos presenta el Santo Padre es cuando dice “*Cada Cristiano y cada Comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios en la liberación y promoción de los pobres*” (187). Y en el desarrollo de su exposición el Papa llega a plantear doctrina sobre la “*solidaridad*” y aunque nos dice que la palabra está ya desgastada sí nos habla de la “*participación*” y enfoca sus planteamientos sobre la inequidad de distribución de los bienes y el clamor de los muchos pobres que no tienen nada y pocos ricos que lo tienen todo.

Pensando en la solidaridad y en la participación en las pequeñas y grandes obras que la Familia Vicentina realiza por todas las partes del mundo se me ocurre, ¿no será que nosotros, familia Vicentina, que siempre manifestamos que hemos hecho “*la opción por los pobres*” en nuestros apostolados con ellos, en nuestras obras, no tendríamos que darles más “participación”, para saber lo que piensan, para escuchar sus criterios, para aprender de ellos? “*ellos tienen mucho que enseñarnos*”_ estamos llamados a ser sus amigos, a escucharlos a interpretarlos, a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos” (198).

Cuantas veces, con la mejor buena Voluntad, nosotros interpretamos y decidimos qué es lo que ellos necesitan, lo que ellos quieren, lo que ellos esperan, pensamos por ellos y organizamos las cosas según nuestro modo de pensar, y quizá son otras sus angustias son otras sus necesidades. El pobre en nuestras obras tiene que sentirse en casa con derecho a opinar “*Solo desde esa cercanía real y cordial, podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que los pobres en cada comunidad cristiana se sientan como en su casa*” (199).

“*Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios*” (176) el Evangelio es el mismo, el Reino de Dios es el mismo, “*Siempre habrá pobres entre ustedes*” nos dijo un día Jesús, pero en este mundo cam-

biente el pobre de hoy tiene unas connotaciones distintas a las que tenían los pobres en el tiempo de Cristo y aún en el tiempo de San Vicente, sin embargo la vocación de la Familia Vicentina siguen siendo el servicio a los pobres, es por eso por lo que en el hoy de la historia tenemos que estudiar al pobre, dejarnos enseñar por él, darle la palabra, para introducirlo en el Reino De Dios, que tiene como fundamento el amor fraterno, para que luego ellos evangelizados, sean evangelizadores.